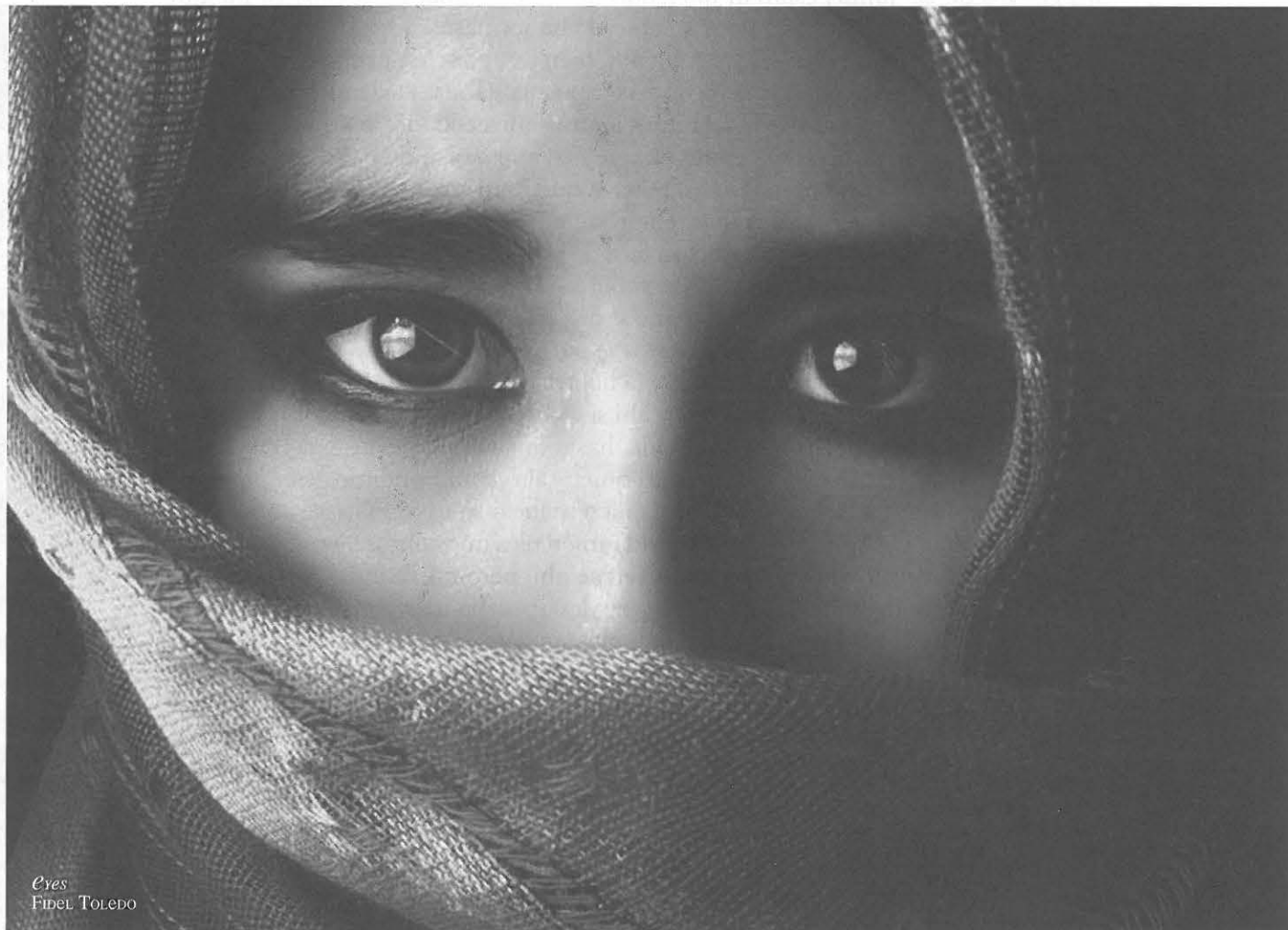


Entre Revueltas

Lucía Itzel Gómez

“Manos Extrañas se Empeñan en Desprestigiar a México. El Objetivo: Frustrar los XIX Juegos”. Ése era el encabezado de la primera plana de *El Sol del Centro* la mañana del 3 de octubre de 1968, y el mismo que Agustín releía sentado en la esquina de crujía M de Lecumberri, mientras yo veía por la rendija a los que entraban, eran más de los que podían caber en toda la cárcel y, aún así nadie salía. Habíamos llegado en la noche y no teníamos idea de cuándo nos íbamos a ir. Yo estaba bien desesperado y Agustín mantenía una calma que me hacía encabronar.

—¿Ves, Óscar? Dicen que queremos chingar los juegos. Ellos no saben nada, los cambios no se hacen con violencia sino en la cabeza...



Eyes
Fidel Toledo

—Ya cállate, güey— interrumpí a Agustín —deja de decir eso y mejor piensa en qué nos van a hacer y cómo vamos a salir de aquí, ¿no? Me cae que ya me ando desesperando y ya sabes que me da quién sabe qué estar aquí.

En esto estábamos cuando, de repente, abrieron la puerta de la crujía, entró el *poli* bien acá, dándole macanazos a las rejas y llevaba a un señor esposado; ya estaba medio ruco, tenía una barba bien larga, como de hippie y usaba lentes. Nos dijo que se llamaba José y se sentó al otro lado de Agustín, agarró el periódico y se puso a leer. “Chale —pensé— otro que no tiene prisa por salir, como si estar aquí estuviera tan chido, ya ni la muelan, par de güeyes”.

Según Agustín, era un escritor bien famoso, pero yo ni lo conocía, a mí lo que me importaba era que me sacaran de ahí o que me llevaran de comer, aunque estaba seguro que ninguna de las dos iba a pasar pronto.

Agustín y yo nos conocimos en C.U., él fue quien me invitó a los mítines. Él estudiaba Letras y yo Derecho, dos cosas bien diferentes, ¿no? Un día fue a buscar al salón a un compañero de los que también andaba en las juntas, pero él ya se había ido y nomás estaba yo, me preguntó que dónde estaba y yo le dije que ya se había ido, que era obvio, él se empezó a reír y nos fuimos caminando y platicando hasta tomar el metro, después de ese día ya éramos amigos.

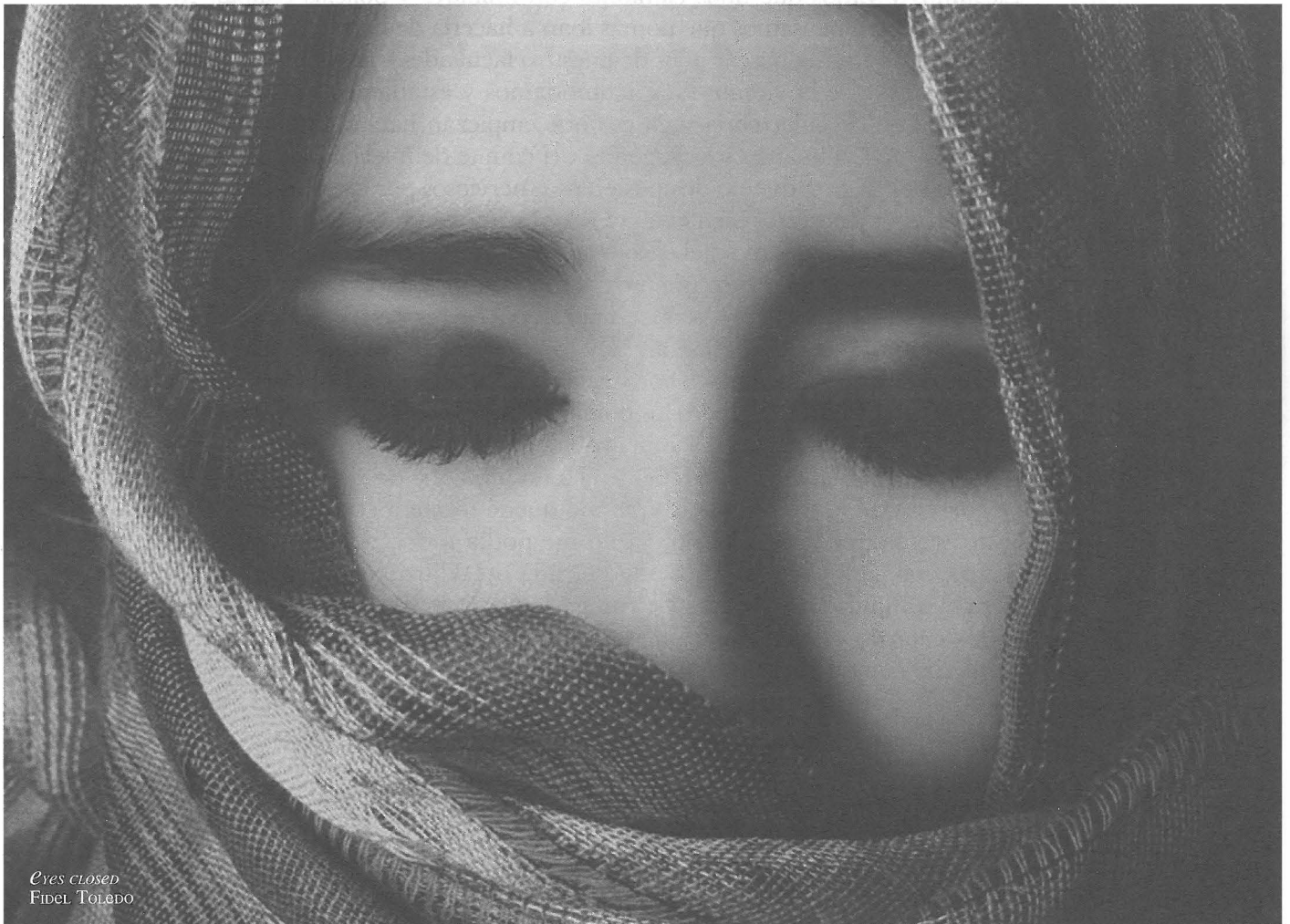
Cuando empezaron las juntas de los compañeros en el Poli y en C.U. yo no iba, pensaba que eran cosas de hippies y eso me aburría, por eso nomás le decía a Agustín que sí iba a ir pero nunca entraba, me quedaba ahí afuera esperándolo, hasta el día que supe que los sorchos entraron a una de las preparatorias y enjaularon a unos cien compañeros, eso sí me hizo encabronar porque lo que los chavos de las juntas estaban haciendo no les afectaba, pero ellos ya habían recurrido a la violencia y eso nunca debió de haber pasado.

A la siguiente junta sí fui y estaba ahí, bien sentadito en primera fila, no entendía bien lo que decían, pero yo nomás movía la cabeza diciendo que sí. Uno de los compañeros propuso que fuéramos a otras universidades, a las plazas y a los mercados para convencer a la gente de que nos apoyara y, de paso, sacar dinero para usarlo en las impresiones de los folletos que imprimían en C.U. Todos estuvimos de acuerdo y formamos unas comisiones; Agustín, otros compañeros y yo quedamos de ir a convencer a los actorcillos de las Bellas Artes y al mercado Sonora, al día siguiente bien tempranito. Primero fuimos al mercado, empezamos a repartir los folletos y la gente como que sí nos hacía caso, pero otros nomás nos daban el avión, hasta que uno de nosotros se paró encima de unos botes y empezó a gritar lo que le exigíamos al gobierno: la libertad de los presos políticos, ayuda al campo, que se fueran los granaderos y ahí sí todos nos hicieron caso y nos daban la razón. Toda gente gritaba emocionada, hasta que vimos que los polis venían en chinga corriendo para agarrarnos, pero quién sabe cómo pudimos escaparnos y mejor ya ni fuimos a Bellas Artes, cada quién se fue a su casa.

La mamá de Agustín le llevaba cada miércoles unos libros y comida, la mía casi no iba porque le daba sentimiento verme ahí, pero me mandaba con ella comida y a veces ropa limpia. Yo cada día me desesperaba más por salir, pero Agustín y José parecían que cada día se sentían más a gusto; se la pasaban leyendo libros de Octavio Paz y hasta se los leían a los otros presos por las rejas de la puerta o en los ratos que nos dejaban salir. Yo sólo los veía y pensaba que era una pérdida de tiempo, a nadie de ahí adentro le importaba leer o escuchar algo que no fuera sobre lo que pasaba afuera, pero un día que no tenía ya nada qué hacer, me puse a escucharlos. Estaban los dos sentados, uno frente al otro y José le decía a Agustín que estaba escribiendo una novela en la que iba a contar todo lo que pasaba ahí, que también le estaba escribiendo una carta a Octavio Paz para contarle de él. Yo nunca le creí, pero Agustín se emocionaba mucho cuando le decía eso.

Por esos mismos días, José le dijo a Agustín que iba a empezar una huelga de hambre para meter presión y comenzaron a dejar salir a los chavos y a él también, ahí fue cuando me empezó a caer el veinte de que sí era alguien importante, por eso cuando nos dijo, no dudamos en decir que sí, aunque no sabíamos en lo que nos estábamos metiendo.

La primera marcha a la que fui fue en septiembre. Al principio íbamos sólo compañeros de las Facultades de la Universidad, pero en el camino se unieron de más universidades y luego doñas y ferrocarrileros y campesinos, y al final ya éramos un chorro, todos con la boca tapada con cinta negra y bien calladitos. Cuando estábamos ahí formados parecía que éramos nada más uno, una sola voz, un solo pensamiento y unas mismas ganas de hacernos escuchar. Yo aún creo que eso nos dio valor para seguir saliendo a las calles, a las plazas y a los mercados a seguir convenciendo gente. Cada vez se imprimían más folletos, había más juntas que duraban horas y horas, pero en las que todos participábamos y nos hacíamos escuchar, pensábamos detalladamente el pliego petitorio que entregaríamos al presi. Se nos olvidaron las rivalidades entre polis y pumas, entre ricos y pobres, entre mugrosos y los hijos de papi, todos luchábamos por una causa, se sentía bien chido ver a la gente llevándonos comida en la noche cuando nos quedábamos en las juntas o imprimiendo, cuando nos mandaban aunque fueran cincuenta centavos para comprar papel o lo que fuera. Poco a poco nos íbamos dando color de que nosotros, los jóvenes, sí podríamos cambiar al país o al menos eso es lo que creíamos y eso nos mantenía bien vivos y bien aplicados a lo que teníamos que hacer.



Eyes closed
FIDEL TOLEDO

Nuestros primeros días de huelga iban bien, con pura agua nos pasábamos el hambre, sí nos rugían las tripas, pero las engañábamos tomando más. José cada vez se ponía más filosófico y Agustín cada vez más pálido, hasta pensé una vez que se nos iba a morir ahí adentro, lo bueno que no pasó nada. Las noches nos las pasábamos hablando los tres, aunque bueno, Agustín y yo nada más oíamos hablar a José, que aunque bien viejito, sí tenía buenas ideas. Era comunista, aunque nunca entendí bien qué era eso, pero nos decía cosas bien chidas, que nosotros éramos el cambio, que nuestro encarcelamiento era el reflejo de la situación del país, decía que allá afuera nos veían como héroes, aunque tampoco nunca supe cómo se enteraba de eso si nadie iba a verlo. También decía que todos los jóvenes de espíritu también estaban encarcelados así como nosotros, que hasta el mismo Octavio Paz estaba en nuestra misma situación. Él siempre trataba de mantener el ánimo bien arriba, pero nosotros ya no nos sentíamos como antes, como en las marchas. Nuestro movimiento, nuestras ideas y nuestro esfuerzo había fracasado, ésa era la mera realidad.

La mañana del 2 de octubre me levanté bien tempranito y vi a Agustín y a los otros compañeros en la Facultad de Filosofía, fuimos a comprar unas telas y pinturas para hacer una manta y llevarla en la tarde a la marcha. Pensamos un rato lo que le íbamos a poner y uno de los compañeros sacó un folleto de su mochila, estaba en francés y decía "*Mai 68: début d'une lutte prolongée*", así que nosotros lo adaptamos y decidimos poner "*68: inicio de una lucha prologada*", así bien mexicanizado. Terminamos de pintarla y nos lanzamos para Tlatelolco, ya era tarde, así que tomamos un taxi para llegar rápido.

Llegamos y vimos que unos camiones con militares y policías estaban rodeando la plaza pero pensamos que nomás iban a hacerla de barrera como siempre, así que nos pusimos a buscar a los de nuestras facultades y a extender nuestra manta para que todos la vieran. Nos acomodamos y estábamos hablando ahí con unas chiquitas de enfermería y en eso que empiezan hablar: estaban en un balcón del Edificio Chihuahua los dirigentes del comité de huelga, nuestros compañeros; pues nos dijeron que no nos pusiéramos nerviosos por los polis, que todo estaba bajo control y nosotros bien confiados les hicimos caso, siguieron hablando y hablando y de repente vimos en el cielo unas luces verdes, bien raras, pero nadie les hizo caso y no pasaron ni cinco minutos cuando se empezaron a oír los balazos, pero nadie sabía de dónde venían, todos empezaron a correr y a gritar, los maestros trataban de poner calma y las doñas también, pero aquello era un desmadre.

Agustín y yo nos volteamos a ver y empezamos a correr, tratamos de salir por uno de los lados de la plaza pero los polis no nos dejaron, nos sacamos muchísimo de onda cuando vimos que los militares estaban protegiendo a unos compañeros, ya nadie entendía nada. De repente vi a un niño que estaba ahí tirado y le dije que corriera, pero no podía, así que me quedé frente a él pero le dispararon por atrás, me quedé espantado, ya no me podía mover, lo bueno que llegó Agustín y me jaló. Corrimos hasta la entrada del edificio donde estaban los compañeros, subimos las escaleras en chinga, como por inercia. Desde arriba, se veían los cuerpos cayendo uno por uno, como si fuera un tiro al blanco de cualquier feria, como si a los monos se les hubiera acabado la pila y se cayeran así nomás, nunca se dejaron de escuchar los balazos. Nos quedamos ahí viendo como idiotizados. Corrimos hasta un elevador del edificio y bajamos, íbamos caminando a la puerta y vimos a dos polis entrando.

—¡Ya se los cargó la chingada, a ver si ahorita que los llevemos a los separos siguen de alborotadores, cabrones!

—¡Muy revolucionarios, ¿no?, ahorita van a recibir su dote de revolución y cambio! —y se reía.

Después de eso ya no supe nada, no sé si de miedo o de nervios pero desperté cuando me pusieron unos pinchos toques en las piernas, querían saber quiénes eran nuestros jefes, pero nadie decía nada, yo creo eso era lo que más les encabronaba, que todos nos quedábamos bien calladitos hasta en sus jetas.

Así estuvimos muchos días, unos días llamaban a unos para hacerles preguntas y otros días a otros. Algunos de los compañeros ya no volvían a las crujías y los que sí, teníamos miedo de volver a ir con los polis y ya no volver, por eso nos tratábamos de esconder, pero nunca funcionaba. La neta es que a veces sí se les pasaba la mano con nosotros, unos salíamos medio muertos, pero lo que nos mantenía con esperanza era que algún día tendríamos que salir, aunque al paso que iban las cosas no sabíamos para cuándo iba a terminar todo.

Dos semanas después de la huelga de hambre José se puso muy malo, se desmayó dos veces y estaba pálido, le decíamos que ya comiera, que igual ya no iba a salir pero él no quería, que salía porque salía. Al día siguiente, le llegó una carta de Octavio Paz, le mandaba saludos a Agustín y le decía que ya iba a salir y que le publicarían la novela luego luego, que no se preocupara, que la orden de salida ya estaba dada y en cualquier momento lo sacarían. Tres días después él ya estaba afuera. Agustín y yo nos alegramos de que saliera porque significaba que nosotros también estábamos más cerca de hacerlo, pero dentro de la alegría por ver una parte de nosotros libres, sentíamos la tristeza de saber que ahora sí habíamos fracasado en nuestro intento de cambiar al país.



Ciudad de México
José Manuel Valencia